

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX.

El embajador de España.

El rey vino al encuentro de Chicot en su gabinete.
Chicot estaba aun agitadísimo por los temores
que le causaba la explicación.

— ¡ Y bien, Chicot ! — dijo Enrique.

— ¿ Qué hay, señor ? — respondió Chicot.

— ¿ No sabes lo que pretende la reina ?

— No, señor.

— Pues pretende que tu maldito latín va á
turbar nuestro reposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

— ¡ Eh ! señor, — exclamó Chicot, — olvidemos por Dios ese dichoso latín, y todo se acabó. No sucede lo mismo con un trozo de latín recitado, que con un trozo de latín escrito ; el uno se lo lleva el viento, y el otro no puede á veces aniquilarse con el fuego.

— El diablo me lleve, si por mi parte pienso en ello, — dijo Enrique.

— Así me gusta.

— Otras cosas me llaman más la atención.

— V. M. prefiere el divertirse, ¿ eh ?

— Sí, hijo mío, — dijo Enrique bastante descontento del tono con que Chicot había pronunciado estas pocas palabras ; — mi majestad prefiere el divertirse.

— Perdóneme V. M. si le molesto.

— ¡ Ah ! hijo mío, — replicó Enrique encogiéndose de hombros. — Ya te he dicho que no era aquí como en el Louvre ; aquí se hacen sin misterios el amor, la guerra y la política.

La mirada del rey era tan dulce y su sonrisa tan cariñosa, que Chicot cobró aliento.

— La guerra y la política menos que el amor, ¿ no es así, señor ?

— Así es la verdad, amigo mío, lo confieso : este país es tan bello, estos vinos del Languedoc son tan sabrosos, estas mujeres de Navarra tan lindas !

— ¡ Ah ! señor, — replicó Chicot, — me parece que olvidáis á la reina : ¿ son por ventura las navarras más bellas y más cortesés ? En ese caso saludo con el debido acatamiento á las navarras.

— ¡ Cáspita ! tienes razón, Chicot. ¡ Y yo, que me olvidaba que eres embajador, que representas al rey Enrique III, que el rey Enrique III es hermano de madama Margarita, y que por consiguiente la etiqueta exige que en tu presencia ensalce á madama Margarita sobre todas las mujeres ! Pero mi imprudencia es disculpable, Chicot, porque no estoy habituado á los embajadores.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete, y Aubiac anunció en voz alta :

— El señor embajador de España.

Chicot dió sobre su sillón un estremecimiento que arrancó una sonrisa al rey.

— ¡ Pardiez ! — dijo Enrique, — hé ahí un mentís que yo no esperaba. ¡ El embajador de España ! ¿ Qué diablós viene á hacer aquí ?

— Sí, — repitió Chicot, — ¿qué diablos viene á hacer aquí?

— Vamos á saberlo, — dijo Enrique; — sin duda nuestro vecino el Español quiere discutir conmigo alguna cuestión de frontera.

— Me retiro, — dijo Chicot humildemente, — porque acaso es un verdadero embajador el que os envía S. M. Felipe II, mientras que yo...

— ¡El embajador de Francia ceder el terreno al Español, y esto en Navarra! ¡Pardiez! no será así; abre, Chicot, ese gabinete de libros y instálale en él.

— Pero desde allí lo oiré todo á pesar mío, señor.

— ¡Y qué me importa que lo oigas? no tengo nada que ocultar. Á propósito, ¿no tenéis nada más que decirme de parte del rey vuestro soberano, señor embajador?

— No, señor, absolutamente nada más.

— Pues bien, en ese caso no tienes que hacer más que ver y oír como hacen todos los embajadores del mundo, y al efecto estarás á las mil maravillas en ese gabinete. Procura ver y oír cuanto puedas, mi querido Chicot.

En seguida añadió:

— Aubiac, di á mi capitán de guardias que introduzca el embajador de España.

Al oír Chicot esta orden se apresuró á entrar en la librería, cuyo tapiz de figuras cerró cuidadosamente.

Un paso lento y acompasado resonó sobre el pavimento: era el embajador de S. M. Felipe II.

Luego que terminaron los preliminares destinados á los pormenores de etiqueta, y por los cuales pudo convencerse Chicot desde el fondo de su escondite que el Bearnés sabía muy bien dar una audiencia:

— ¿Puedo hablar libremente á V. M.? — preguntó el enviado en lengua española, que todo gascón ó bearnés puede comprender como la de su país á causa de su mucha analogía.

— Podéis hablar, señor, — respondió el Bearnés Chicot redobló su atención.

— Señor, — dijo el embajador, — traigo la respuesta de S. M. Católica.

— ¡Bueno! — dijo Chicot: si traes la respuesta, es prueba de que ha habido demanda.

— ¿Sobre qué asunto? — preguntó Enrique.

— Sobre vuestras proposiciones del mes, último, señor.

— Soy muy olvidadizo, — dijo Enrique; os suplico que me recordéis cuáles eran esas proposiciones, señor embajador.

— Sobre las invasiones de los príncipes de Lorena en Francia.

— Sí, y particularmente sobre las de mi compadre el de Guisa. ¡ Muy bien! ya me acuerdo; continuad señor, continuad.

— Señor, replicó el español, aunque el rey mi amo desea vivamente firmar un tratado de alianza con Lorena, ha considerado una alianza con la Navarra como más leal, y hablando con franqueza, como más ventajosa.

— Sí, hablemos con franqueza, — dijo Enrique.

— Seré explícito con V. M., señor, porque conozco las intenciones del rey mi amo respecto de vuestra real persona.

— ¿ Y puedo conocerlas yo ?

— Señor, el rey mi amo nada puede rehusar á la Navarra.

Chicot aplicó su oído al tapiz mordiendo las yemas de los dedos para asegurarse que no dormía.

— Si nada puede rehusarme, — dijo Enrique, — veamos lo que puedo pedir.

— Todo lo que plazca á V. M.

— ¡ Diablo !

— Hable, pues, V. M. con toda libertad y franqueza.

— ¡ Cáspita! ¡ todo! Esto es ponerme en un conflicto.

— S. M. el rey de España quiere evitárselo á su nuevo aliado; la proposición que voy á hacer á V. M. se lo probará.

— Ya escucho, — dijo Enrique.

— El rey de Francia trata á la reina de Navarra como á una enemiga declarada; la repudia como hermana desde el momento en que la llena de oprobio, esto es constante. Las injurias del rey de Francia, y pido mil perdones á V. M. de tratar de un asunto tan delicado...

— Tratadle, tratadle, — dijo Enrique.

— Las injurias del rey de Francia son públicas, la notoriedad las consagra.

Enrique hizo un movimiento negativo.

— Hay notoriedad, pues que nosotros las sabemos, señor: el rey de Francia repudia á madama

Margarita por hermana suya, pues que tiende á deshonrarla, haciendo detener públicamente su litera y haciéndola registrar por un capitán de guardias.

— Y bien, señor embajador, ¿ adónde vais á parar ?

— Nada es más fácil á V. M. que el repudiar por mujer á la que él repudia por hermana.

Enrique miró hacia el tapiz detrás del que Chicot con ojos azorados esperaba palpitando el resultado de un principio semejante.

— Estando repudiada la reina, la alianza entre el rey de Navarra y el de España...

Enrique hizo un saludo.

— Esta alianza, — continuó el embajador, — es lo más fácil, y hé aquí el como : el rey de España da su hija al rey de Navarra, y S. M. misma se casa con madama Catalina de Navarra, hermana de V. M.

Una llamarada de orgullo recorrió todo el cuerpo del Bearnés, un espasmo de espanto el cuerpo de Chicot. El uno veía salir al horizonte su fortuna resplandeciente como el sol de la mañana, el otro veía bajar y morir el cetro de los Valois.

El español, impávido y frío, no veía más que las instrucciones de su amo.

Hubo un profundo silencio durante un instante ; después el rey de Navarra dijo :

— Vuestra proposición es magnífica y me llena de honor.

— S. M., — se apresuró á decir el orgulloso negociador que contaba con una aceptación de entusiasmo, — S. M. el rey de España no se propone someter á V. M. más que una condición.

— Al ayudar á V. M. contra los príncipes de Lorena, es decir, al abrir á V. M. el camino del trono, el rey mi amo desearía facilitarse un medio, con vuestra alianza, de guardar la Flandes, á la cual monseñor de Anjou hinea los dientes á esta hora. V. M. comprende bien que el rey mi señor le da la preferencia sobre los príncipes de Lorena, pues que los señores de Guisa, sus aliados naturales como católicos, forman solos un partido contra el señor duque de Anjou en Flandes ; luego la condición, la sola condición es suave y razonable. S. M. el rey de España se aliará con vos por medio de un matrimonio doble ; ayudará á V. M... (el embajador buscaba la frase equivalente á suceder al rey de

Francia), y vos le garantizaréis la Flandes. Conociendo la sabiduría y la prudencia de V. M., puedo, pues, mirar mi negociación terminada dichosamente.

Un silencio aun más profundo que el primero sucedió á estas palabras, sin duda con el fin de que llegase con todo su poder la respuesta que aguardaba el ángel exterminador para herir acá y allá, sobre la Francia ó sobre la España.

Enrique de Navarra dió tres ó cuatro pasos en el gabinete.

— Así pues, señor, — dijo el rey, — ¿esa es la respuesta que estáis encargado de traerme?

— Sí, señor, — contestó el embajador.

— ¿Y nada más con ella?

— Nada más, señor.

— Pues bien, — dijo Enrique. — Yo rehuso la oferta del rey de España.

— ¡V. M. rehusa la mano de la infanta!... — exclamó el español con un pasmo semejante al que causa el dolor de una herida inesperada.

— Es un grande honor, — respondió Enrique irguiendo la cabeza, — pero que no creo superior al de haberme casado con una hija de Francia.

— Sí, pero esta primera alianza os aproximaba á la tumba, señor... la segunda os aproxima al trono, — contestó el español.

— Preciosa, incomparable fortuna, señor, lo sé, — repuso Enrique, — pero que yo no compraré jamás á costa de la sangre y el honor de mis súbditos. ¡Cómo, señor! ¿Yo sacar la espada contra el rey de Francia, mi suegro, por el Español extranjero? ¡Cómo! ¿Yo paralizaría el estandarte de Francia en su camino de gloria, para dejar que los castillos de Castilla y los leones de León acaben la obra que han comenzado? ¡Cómo! ¿Yo haría que se matasen hermanos contra hermanos, y traería el extranjero á mi patria? Señor, escuchad bien esto: Yo he pedido á mi vecino el rey de España socorro contra los señores de Guisa, que son unos facciosos que codician mi herencia, pero no contra el duque de Anjou, mi cuñado, pero no contra Enrique III, mi amigo, pero no contra mi mujer, hermana de mi rey. ¿Vosotros socorreréis á los Guisas, decís; vosotros les prestaréis vuestro apoyo? Hacedlo, yo lanzaré sobre ellos y sobre vosotros todos los protestantes de la Alemania y los de Francia. El rey de España quiere conquistar la Flandes que se le

escapa, pues que haga lo que su padre Carlos V, que pida permiso al rey de Francia para pasar por su territorio é ir á reclamar su título de primer ciudadano de Gante; y el rey, Enrique III, yo salgo garante, le concederá un pase tan leal como lo hizo el rey Francisco I. Yo quiero el trono de Francia, es posible, pero no tengo necesidad de que me ayude á conquistarlo; yo solo lo tomaré si llega á quedar vacante, y esto á pesar de todas las majestades del mundo. Así pues, adiós, señor. Decid á mi hermano Felipe que agradezco mucho sus ofertas. Pero le aborrecería mortalmente si, al hacérmelas, me hubiese creído un instante capaz de aceptarlas. Adiós, señor.

El embajador quedó estupefacto, y dijo á medias palabras:

— Advertid, señor, que la buena inteligencia entre dos vecinos se pierde por una mala palabra.

— Señor, embajador, — replicó Enrique, — sabed bien esto: Rey de Navarra ó rey de nada, es lo mismo para mí. Mi corona es tan ligera, que ni aun la sentiría caer si se deslizase de mi frente; por otra parte, si tal sucediese, yo trataría de retenerla, vivid tranquilo. Adiós, lo repito, señor;

decid al rey vuestro amo, que tengo aun ambiciones mayores que las que él me ha hecho entrever. Adiós.

Y el Bearnés, volviendo, no en sí mismo, sino á ser el hombre que se conocía en él, después de haberse dejado dominar un instante por el calor de su heroísmo, sonriéndose con cortesanía, condujo al embajador hasta el umbral de la puerta de su gabinete.